

que uno sólo de derecho, el Senador Mr. Wade propuso una enmienda consistente en poner las palabras «República de» antes de la de «Méjico.» La enmienda fué votada por unanimidad en el Senado, lo mismo que en la Cámara de diputados, á donde volvió para ser tomada en consideración.

Por último, en Diciembre de 65, los diputados y senadores Schenk, Garfield, Stevens, Brandegee, Orth, Connes, Hublard, Chandler, Wade, Howar, Van Horn, Mc Dougall, Smith, Whaley, Randell y Woodbridge¹ presentaron en sus respectivas Cámaras una serie de proposiciones, encaminadas las unas á que comunicara el Secretario de Estado á la Cámara la correspondencia y cualquiera otra constancia que tuviera el Gobierno referentes al *bárbaro* (textual) decreto del 3 de Octubre, al restablecimiento de la esclavitud, á los planes del Dr. William M. Gwin, y en general sobre la situación de nuestro país; y tendentes las otras á que los Estados Unidos se opusieran franca y abiertamente á la intervención. Las primeras fueron aprobadas en el acto y surtieron su efecto, las segundas pasaron á la Comisión de Relaciones, la cual, informada por Mr. Seward de las negociaciones seguidas con el gabinete de las Tullerías, no creyó necesario dictaminar sobre ellas en vista de la ya enérgica política del Gobierno.²

Hemos creído justo, aun á riesgo de hacer pesado este pasaje, recordar los nombres de los que, en los días de prueba, fueron los buenos amigos de Méjico y de la Justicia; y nuestro propósito quedaría sin llenar si no añadiéramos á los citados, los nombres de Thiers, Fabre, Quinet, Ollivier, Piat y Perier (que también en Francia tuvo valientes sostenedores la justicia de nuestra causa, primeramente reconocida por D. Juan Prim, el ilustre Comandante en jefe de la expedición tripartita!

1. Mr. Winter Davis había ya fallecido.

2. Casi todos estos datos están tomados de las «Revistas Históricas» de mi padre.

La acción diplomática Norte-Americana.

La caída de Richmond, la rendición de Lee y el reconocimiento en todos los ámbitos de la Unión de la autoridad legítima de Johnson, á quien, el lamentable asesinato de Lincoln, llevaba á la Presidencia de la República, permitieron á Mr. Seward—conservado en su puesto por el nuevo Presidente—abandonar la política de temporización que había adoptado por el temor de agravar con una complicación extranjera las dificultades del conflicto interior.

Ya dejaba entrever que se adoptaría una política enérgica la displicente contestación dada por Johnson á las frases de mentida cordialidad pronunciadas por el Marqués de Montholon al presentar sus credenciales. Pocos días después se levantaba la prohibición de exportar armas, lo que nos permitía adquirirlas—previo pago por supuesto—y presentar en línea á los inermes defensores de nuestra independencia. El nombramiento del General Logan, decidido partidario de nuestra causa, como Ministro cerca del Gobierno nacional, era otro indicio seguro del cambio de política ya mencionado.

Así lo comprendió Napoleón III, y tomando la iniciativa

en las negociaciones diplomáticas, ofreció retirar sus tropas de Méjico si los Estados Unidos reconocían al Emperador Maximiliano.¹ La respuesta oficial de Mr. Seward declaró sencillamente inadmisibles las condiciones propuestas por el Emperador;² y al mismo tiempo que se daba esa contestación, el Presidente Johnson recordaba, en su mensaje á las Cámaras: «que era política tradicional de los Estados Unidos no intervenir en los asuntos europeos para propagar el republicanismo, ni permitir que las potencias de Europa interviniesen en América á favor de la Monarquía.»

El 9 de Enero de 66, M. Drouyn de Lhuys, refiriéndose al anterior despacho de Mr. Seward, teniendo cuidado—dice G. Niox—de pasar por alto la repulsa demasiado categórica de los Estados Unidos á las proposiciones que les habían sido hechas, y declarando por el contrario que se esforzaba en estipular con el Emperador Maximiliano arreglos que, satisfaciendo los intereses y la dignidad de la Francia, permitiesen dar por terminada la misión de su ejército sobre el suelo mejicano, se limitaba á pedir al Gobierno de Washington la seguridad de que «mantendría respecto de México una estricta neutralidad.»

Para calmar la excitación pública que se pronunciaba enérgicamente por la repatriación del ejército, opinión compartida por varios de los Ministros y principalmente por el de Hacienda, M. Fould, que amenazaba con renunciar, el Emperador Napoleón, sin esperar la respuesta de Mr. Seward, el 23 de Enero al abrir la sesión legislativa anunció, en términos vagos, la retirada de las tropas. Más explícito el Ministro de la Guerra, al comunicar al General Bazaine á mediados de Enero la resolución imperial, señalaba el próximo Invierno y aun mejor el Otoño para comenzar la

1 Despacho de M. Drouyn de Lhuys. Octubre 18 de 1865.

2 Despacho del 6 de Diciembre.

evacuación, y advertía que «la Legión Extranjera, conforme á las estipulaciones de la Convención de Miramar, quedaría á sueldo de México.»

En una comunicación de Mr. Seward á M. de Montholon, referente á la neutralidad pedida, y fechada el 12 de Febrero, se decía que: «La Francia no debía retardar un solo instante la retirada de sus tropas por temor de que los Estados Unidos se mostrasen infieles á los principios y á la política que han practicado siempre, y que se alejasen de la regla de conducta que les había sido dada por el mismo Washington.»—«Quedaremos satisfechos—agregaba—cuando el Emperador nos haya dado el aviso definitivo de la época en la cual se podrá contar que acaben las operaciones militares de la Francia en México.»

El gabinete de las Tullerías respondió, con fecha 6 de Abril, que el Emperador había decidido que las tropas francesas se retirarían de Méjico en tres destacamentos, debiendo partir el primero en Noviembre de 66, el segundo en Marzo de 67 y el tercero en Noviembre del mismo año. La víspera, el «Moniteur» había anunciado á la Francia esta decisión imperial.

El Gobierno de Washington aceptó este plan de evacuación, y las promesas del Emperador francés fueron tomadas como una convención implícita entre ambas cancillerías. A pesar de este arreglo, el Mariscal Ministro de la Guerra detuvo la repatriación del 81 de línea, arribado á Veracruz con ese objeto, prohibiendo todo embarque parcial por despacho telegráfico del 27 de Septiembre. Esta orden motivó, por parte del Mariscal Bazaine, un telegrama en que preguntaba si debía comenzar de nuevo expediciones lejanas para poner guarniciones mejicanas en las ciudades y puertos recobrados por los liberales, y de parte de Mr. Seward un altanero despacho en el que decía «que no habiendo sido consultado el Presidente de los Estados Unidos—como debía haberlo sido—sobre las nuevas

combinaciones relativas al llamamiento de las tropas, se esperaba del Gobierno francés la *ejecución literal del acuerdo tenido con él.*» Napoleón respondió desde Biarritz al Mariscal, por despacho telegráfico de 8 de Octubre, que no recomenzara expediciones lejanas, pero que conservara sus tropas reunidas en puntos estratégicos para que pudiera rechazar todo ataque y embarcarlas con facilidad; y á Mr. Seward, que por razones de un interés puramente militar, todas las tropas serían retiradas en conjunto, de Méjico, en la primavera de 67.¹

La reseña que acabamos de hacer de la conducta del Gobierno de los Estados Unidos no deja duda ninguna sobre que la acción diplomática de Mr. Seward fué la única ayuda prestada á nuestra causa nacional por la poderosa República del Norte; y nos permite apreciarla en sus justas proporciones.

Esa acción diplomática fué tardía: puesto que en lugar de ejercerse cuando la ruptura de la «Convención de la Soledad» dejó al descubierto los atentatorios planes de Napoleón III, no se llevó á efecto sino cuatro años después. Ejercida á tiempo, habría evitado todos los males inherentes á la invasión, entre los cuales debe contarse como el primero la sangre de los patriotas mejicanos derramada sobre los campos de batalla. No hacemos un reproche ni á Mr. Seward ni á los Estados Unidos. Comprendemos perfectamente que no era cuerdo provocar conflictos exteriores durante la conflagración interior; y que era obligación del Gobierno americano atender á sus propios intereses, antes que á los intereses de Méjico, en su acción diplomática.

Esa acción fué egoísta: puesto que, en lugar de exigir la inmediata desocupación de nuestro territorio, se conformó con los dilatados plazos propuestos por Napoleón. Al inte-

¹ El texto de todos estos despachos puede verse en la «Expédition du Mexique,» de G. Niox.

rés de los Estados Unidos—interés señalado desde 63 por el Senador Mr. Mc Dougall—bastaba con la seguridad de que serían retiradas las tropas francesas. Al interés mejicano correspondía que la evacuación se efectuase lo más pronto posible; y el plazo de año y medio aceptado por Mr. Seward prolongaba por todo ese tiempo las calamidades de la guerra.

Esa acción, aunque decisiva para acelerar la retirada del ejército francés, no era sin embargo necesaria: Napoleón, como ya dijimos, se habría visto obligado al llamamiento de sus tropas por motivos económicos y políticos, agenos por completo á la acción del Gobierno norte-americano.

En su «Revista» de Noviembre de 64 y refiriéndose á la resolución de prolongar la guerra hasta que ocurriera un acontecimiento decisivo en nuestro favor, mencionaba mi padre cuáles revestían ese carácter. Helos aquí:

1º Un conflicto europeo que provocara en el viejo continente una guerra general, ú otra por lo menos en que se viera obligada la Francia á tomar un participio activo, como sucedió con las últimas de Crimea y de Italia.

2º La retirada del cuerpo expedicionario francés por la falta de posibilidad de que la sostenga el tesoro imperial mejicano, y por los insuperables inconvenientes de que lo continúe manteniendo el erario de su propia nación.

3º La muerte de Napoleón III.

4º La reivindicación de la doctrina Monroe, por parte de los Estados Unidos.

5º La prolongación indefinida de la guerra que sostienen los mejicanos, amantes de la independencia y de la República.

Todos estos acontecimientos previstos por mi padre y decisivos para nuestro triunfo, se fueron presentando sucesivamente, como indefectiblemente tenía que suceder. Los Estados Unidos estuvieron en posibilidad de reivindicar la doctrina Monroe antes que surgieran los otros acon-

tecimientos previstos, y se debe principalmente á su acción la retirada del ejército francés, aunque, lo repetimos, no fuese forzosamente necesaria.

Puede asegurarse que la imposibilidad de que los contribuyentes franceses siguieran consintiendo que el Tesoro de Francia reportase, no sólo los gastos de una expedición completamente estéril, sino en gran parte los del Imperio creado por sus armas, influyó en el ánimo de Napoleón, tanto ó más que la diplomacia norte-americana.

El conflicto europeo se presentó durante el plazo concedido á Napoleón por Mr. Seward. Cuando se supo en París la victoria prusiana de Sadowa, un solo grito repercutió en la gran ciudad: «no es el Austria sino la Francia la que ha sido vencida en Sadowa.» Sólo Napoleón, á quien Bismarck había engañado diestramente, creía candorosamente que la Prusia victoriosa cedería á la Francia, en pago de su neutralidad y por vía de compensación, los territorios comprendidos dentro de lo que se llama: las fronteras naturales. Cuando vió que había sido burlado por Bismarck, quiso declarar la guerra á la Prusia; pero se lo impidió el tener en Méjico la parte más florida de su ejército. Entonces fué cuando precipitó la evacuación efectuada de un golpe en Marzo de 67, *aun cuando los arreglos celebrados con Mr. Seward le permitiesen terminarla en Noviembre del mismo año.* Puede, por lo tanto, decirse con fundamento, que no fué la diplomacia americana sino el cañón de Sadowa, el que dió la orden de retirada al Mariscal Bazaine.

La muerte de Napoleón acaeció en 71, y para que no se crea que en esa fecha podía ya haber sucumbido nuestra nacionalidad, copiamos las siguientes palabras, tomadas de la misma «Revista» á la que nos hemos referido:

«Ha de ser necesariamente tan decisiva la simple acción del tiempo, para el buen éxito definitivo de la actual contienda, que bastará no desmayar en el loable propósito de no abandonarla para que, cualesquiera que sean las cala-

midades que temporalmente siga sufriendo la buena causa, acabe por realizarse el resultado que se busca. En cuestiones como la que hoy se debate entre nosotros, la situación por más desesperada que parezca, encierra siempre elementos indestructibles de vida, que viene luego á vigorizar la coexistencia de uno de esos remedios heroicos, nunca negados á quien en esperarlos persevera. La historia nos suministra abundantes ejemplos de esta verdad, de los que citaremos los primeros que nos vienen á la memoria, como más frescos y notables. Imposible parecía que la república francesa lograra resistir los esfuerzos de toda la Europa coaligada en su contra; y sin embargo Jourdan en Fleuris, Massena en Zurich, Bonaparte en su primera campaña de Italia, salvaron la revolución en que se conquistaron principios que han heredado todos los pueblos. Sojuzgada se hubiera creído la España cuando los franceses bombardeaban á Cádiz; y cuatro años después no pisaba la península un solo soldado de Napoleón el Grande. Las repúblicas hispano-americanas, en su larga guerra de insurrección, tuvieron todas diversas épocas, en que parecía enteramente perdida su causa; y ni una sola dejó de conquistar, á fuerza de constancia, su independencia de la antigua metrópoli. Es una verdad eterna que no es fácil dominar al pueblo que no quiere ser dominado; y si Méjico se obstina en oponerse á la intervención francesa, acabará por triunfar en un período que no puede ser de larga duración, porque forzosamente ha de venir á abreviarlo alguna de las causas que hemos apuntado anteriormente.»

En comprobación de que lo dicho por mi padre no era el resultado de patrióticas ilusiones, sino la aplicación al caso especial de nuestra guerra por la independencia de una de las leyes de la Historia, véase como opinaban dos personajes de opiniones políticas, radicalmente opuestas á las suyas. Mi padre llegaba á esa conclusión por la Filosofía, el

oficial francés y el General reaccionario por su conocimiento del Arte de la Guerra.

D. Alberto Hans, elogiando las cualidades de Régules¹ dice: «Existir mientras partían los franceses, tal era el objeto principal de los republicanos. Estos no podían esperar vencer á las tropas de la intervención,² pero decían: se irán el día menos pensado, *cansados de nuestra resistencia* ó vencidos por los americanos del Norte. Entonces ellos, los republicanos, quedarían frente á frente con los imperialistas y los exterminarían en una guerra sin cuartel.»—«Tal era el razonamiento de Régules; no estaba desprovisto de buen sentido político, y con ayuda de los acontecimientos fué puesto en ejecución.—*Era preciso existir á toda costa*, y por eso Régules rehusaba siempre el combate cuando no le ofrecía grandes probabilidades de buen éxito, porque huía sin cesar ó dispersaba sus tropas en pueblos que les designaba y á expensas de los cuales vivían.»

El Gral. D. Leonardo Márquez, cuya alta suficiencia militar es reconocida por amigos y enemigos, y de la que hizo por desgracia tan mal uso, en carta dirigida al Padre Mi-

1. «Querétaro.» página 79.

2. El Sr. Hans, cuyo amor á la verdad histórica hemos hecho notar ya en otra de nuestras «Rectificaciones,» y que acaba de dar una nueva prueba de ello aceptando nuestras indicaciones y rectificaciones, al corregir su último trabajo «La guerra de México según los mexicanos,» sufre aquí una equivocación. Los republicanos no sólo podían esperar vencer á las tropas de la intervención, sino que las habían vencido en varias ocasiones: Franceses fueron los derrotados por Zaragoza el 5 de Mayo; franceses los rechazados por González Ortega en varios de sus asaltos á la Plaza de Puebla; franceses los vencidos por Rosales en las llanuras de San Pedro; franceses los exterminados por Corona en el pueblo de Veranos; franceses los aniquilados por Treviño en las colinas de Santa Isabel, y franceses eran también los que, no osando batirse á campo raso con los soldados del Ejército del Norte, se guarecían en Cerralvo al amago engañoso de Escobedo, engaño que le permitía destrozar en Santa Gertrudis á traidores, austriacos y ex-conferedados del Sur.

randa y fechada en Ixmiquilpan el 18 de Diciembre de 1861, escribía estos conceptos: «..... Pero como desgraciadamente los demagogos han de tocar todos los resortes que puedan para tergiversar la cuestión, presentándola como una dominación á mano armada, y pretendiendo probar su dicho con la presencia de las tropas extranjeras que llegaren á ocupar la capital de la República, yo encuentro aquí precisamente la dificultad: porque como usted sabe, se puede encender el amor patrio, estimular el orgullo nacional y convertir en guerra de conquista lo que no es más que una intervención amistosa, en cuyo caso, señor, usted comprenderá fácilmente que *nos perdemos y perdemos á la nación* en lugar de salvarnos todos, porque créame usted, señor doctor, que lo que es posible conseguir con la razón, es imposible alcanzarlo con la fuerza, *por muchas que sean las tropas de que puedan disponer las naciones de Europa, usted conoce nuestra extensión territorial y sabe usted bien lo acostumbrados que están nuestros paisanos á la guerra de guerrillas, que sería interminable.* Por lo mismo creo, señor, que si verdaderamente se desea la felicidad de nuestro país, es indispensable tratar este negocio con tacto y una delicadeza estremada.»

Ya lo oye el Sr. Mariscal. Es uno de los principales corifeos del partido reaccionario, quien aseguraba que el problema militar de la intervención no podía tener otra solución que una guerra interminable por muchas que fuesen las tropas de las naciones europeas. Y como esas tropas no podían ser continuamente renovadas, resulta que, aun sin obtener ninguna victoria, sino á fuerza de derrotas, llegaríamos al triunfo definitivo. Así lo reconoce también el ilustrado escritor francés Paul Gaulot, quien ha escrito en vista de los documentos pertenecientes al Mariscal Bazaine y bajo el punto de mira del Cuartel General del Cuerpo Expedicionario. Hé aquí sus palabras:

«Estos descalabros—dice refiriéndose á la derrota de

Brian en Santa Isabel, donde confiesa que el jefe francés y toda su tropa, exceptuando unos cuantos ginetes, fueron acuchillados—causaban siempre y con razón una gran tristeza al Emperador, y hacían sufrir vivamente al Mariscal Bazaine, quien, mejor que nadie, conocía la *inutilidad de semejantes sacrificios*. Otros combates victoriosos los compensaban afortunadamente; principalmente, en esos días, Régules había sido batido en muchos encuentros. Pero la mala ventura de la situación conducía *siempre* á este triste resultado, que nuestras tropas veían *disminuir su efectivo tanto por sus victorias como por sus derrotas* mientras que los *generales disidentes vencidos encontraban como por encanto nuevos soldados*, con los cuales volvían á comenzar la lucha.¹

Lo que Paul Gaultot considera como fenómeno de encantamiento, no es sino el resultado natural de que la guerra sea sostenida por la Nación, cuando el ejército desaparece. Ya el Gral. Barón de Marbot ha hecho notar que el gran error de Napoleón el Grande, fué no comprender, en el caso de España, que irresistible para los ejércitos, era impotente para las legiones de patriotas armados. Los ejércitos sucumben ante una fuerza mayor; las naciones que prefieren el sacrificio á la servidumbre, *no pueden sucumbir jamás*. Y la Nación en todas sus clases estaba resuelta al sacrificio: así lo demuestra la renovación constante de los combatientes, cada hombre caído en el campo de batalla, dejaba un hijo, un hermano, un sobrino que le substituyese; así lo demuestran esos valientes oficiales y jefes que llevan al cuello, con orgullo, la Cruz de Constancia: así lo demuestran la perseverancia de los triunviros de Paso del Norte, fielmente expresada en las siguientes palabras de mi padre:

«La prolongación de la lucha está ya bien comprobada con su larga duración de cerca de cuatro años, en los que

1. Fin d'Empire—página 48.

paso á paso la hemos venido siguiendo en la serie de nuestras revistas comenzadas en Méjico, continuadas en todos los descansos de una dilatada peregrinación, las reanudamos hoy, y nos proponemos seguir las, á donde quiera que nos lleve el viento propicio de la fortuna, ó el vendabal de la adversidad. Escribimos la presente, á quinientas leguas de la antigua capital de la República; rodeados del desierto por todas partes; á orillas del río que, en el espacio de centenares de leguas, regaba por ambas márgenes, no ha veinte años todavía, territorio siempre mejicano. La escribimos errantes, casi proscriptos, entre peligros y calamidades. Y la escribimos, sin embargo, con pulso sereno y conciencia tranquila, porque no hemos perdido la fe en la causa que sostenemos, y porque aun cuando se tratara de una causa desesperada, sería siempre el orgullo de los días que nos quedasen de vida, haberla defendido en los momentos supremos de su infortunio y de su extinción. ¡Dios la proteja! ¡Dios la salve!»